

IV.

La iglesia de la Misericordia.

Veinticuatro años ántes de las escenas que acabamos de referir, y en el mes de Setiembre, la pintoresca ciudad de Pésaro estaba de gala, y presentaba un aspecto de desusada animación.

El pequeño río Foglia se hallaba literalmente lleno de embarcaciones empavesadas, y pequeñas lanchas cruzaban incesantemente el río, de las embarcaciones al puerto, llevando pasajeros, y de este á aquellas, conduciendo mercancías.

Los vendedores animaban con sus alegres gritos la plaza del mercado, y damas de perfiles griegos, de negros y encantadores ojos, de rostro ligeramente apiñonado, de fácil sonrisa y de blanquísimos dientes, vestidas con trages pintorescos, ó hacían compras de géneros y cintas de seda, y de chucherías de porcelana, ó se paseaban al derredor de la magnífica fuente que se halla en el centro del mercado, admirando la estatua de már-

mol del papa Urbano VIII, y gozando con las exclamaciones que el verlas tan bellas arrancaba á los extranjeros que por primera vez iban á Pésaro.

Era la época de la fèria que se celebra anualmente en la ciudad que oyó el primer vagido de Rossini, y habia afluencia extraordinaria de mercaderes de todos los países del mundo, que iban allí mas bien que llevados por la dulzura del clima, la belleza de las mujeres y lo pintoresco de la ciudad, que situada en una altura á la orilla derecha del Foglia y casi en el punto donde este pequeño río desemboca en el Adriático, presenta un aspecto encantador, atraídos por la facilidad de las transacciones mercantiles, y por el deseo de aprovechar la oportunidad para hacerse á buen precio de las preciosidades que solo en Pésaro se fabrican.

Cerca del mercado, y en todas las calles que afluan á él, se tropezaba á cada paso con demandaderos que conducian en cestos primorosamente trabajados el rico vino del país y sus dulcísimos higos, ó bien, en cajas de madera, tarros de bien clarificado aceite ó ricos géneros de seda.

A medida que se alejaba uno de aquel centro de bullicio y de animación, las calles iban apareciendo ménos concurridas, y en los museos y en las iglesias solo uno que otro raro curioso se entregaba á la contemplación de las obras maestras que los decoran.

En la magnífica iglesia de la Misericordia se celebraba una función religiosa. Los melodiosos sonidos del órgano llenaban las vastas naves del templo, y los devotos, absortos unos en sus meditaciones y profundamente dormidos otros, dejaban perderse, sin que repercutieran en su corazón, los sublimes pensamientos del Cisne de Pésaro interpretados por las notas del rey de los instrumentos de música.

Solo dos seres parecian vivir entre aquella concurrencia de fieles impávidos, y de devotas somnolientas. El uno era un niño

como de seis años de edad, de fisonomía expresiva, ojos inteligentes y frente espaciosa sobre la que caían simétricamente rizos negros que por el esmero de su arreglo revelaban la mano de una cariñosa madre, y hacían un hermoso contraste con la blancura mate del rostro; su nariz era ligeramente encorvada en el nacimiento, y sus gruesos labios, desdeñosamente contraídos comunmente, pero en los que en el momento que le vemos se dibuja una apacible sonrisa, acusaban el hábito de mando.

Aquel niño parecía querer absorber por todos sus poros las armoniosas emanaciones del órgano, y en sus expresivos ojos se pintaban las impresiones que en su alma producían las dulces melodías de Rossini. El organista ejecutaba en ese instante la plegaria de Moisés con tal expresión, que el niño se creía transportado al cielo y sentía como un brazo poderoso é invisible que le levantaba de su asiento hasta más allá de las nubes.

A no haber estado completamente absorto en su contemplación, le habría asustado la mirada torva y feroz de un hombre que colocado á algunos pasos de distancia, le veía de la manera que el boa constrictor debe mirar á su víctima.

Ese hombre, que parecía no estar en el templo más que por el niño, tenía una fisonomía dura; su morena frente, deprimida de una manera notable en su nacimiento, estaba surcada por numerosas arrugas perpendiculares, que partían del entrecejo é iban á perderse en otras horizontales y ménos pronunciadas que la dividían casi en la mitad; sus cejas negras y que comenzaban á encanecerse, eran espesas y revueltas, y formaban una especie de sobradillo á sus ojos extraordinariamente hundidos, de color verdioso, y casi redondos como los de los animales de la raza felina, cuyo brillo igualaban; tenía una nariz completamente aplastada y con grandes ventanas, y sus labios, marcados apenas, se perdían, lo mismo que las demás partes de su ros-

tro, bajo una encanecida y descompuesta barba, que por su rigidez tenía el aspecto de una floresta salvaje.

El traje de ese hombre, completamente distinto del de los habitantes de Pésaro, revelaba que el que le vestía era extranjero. Llevaba sobre los hombros una ancha capa de color oscuro, que en el momento en que le estamos examinando caía desembozada á los dos lados del cuerpo y dejaba ver una chaqueta de piel negra con alamares de plata, puesta sobre una camisa de dudosa blancura á cuyo cuello pendía, sujeta por un anillo, también de plata, un pañuelo de seda de vivísimos colores. Los pantalones eran de dril blanco rayados de azul, y sujetos á la cintura por una ancha faja encarnada; un sombrero de fieltro negro de grandes alas y de pequeña copa estaba en el suelo á los pies de este raro personaje, que con los brazos cruzados sobre el pecho en actitud de orar, no apartaba la vista del interesante niño cuyo retrato hemos bosquejado imperfectamente algunos renglones atrás.

Los devotos que cuotidianamente asistían á los oficios vespertinos de la iglesia de la Misericordia, debieron haber notado desde el principio de la gran feria que el hombre de la capa no faltaba un solo día al templo, y á haber tenido un poco de curiosidad para observarle, habrían advertido también que el niño de los rizos negros absorbía toda su atención.

Este, el único de su edad que asistía diariamente á la iglesia, parecía siempre absorto escuchando las melodías del magnífico órgano de la Misericordia, que el organista pulsaba admirablemente, y no había visto una sola vez al hombre de cuya importuna curiosidad era objeto.

La tarde en que hemos introducido al lector á la iglesia de la Misericordia tocaba á su fin; el sol acariciaba con sus postreros rayos la cúpula del templo y algunos pajarillos que saltaban en las cornisas se despedían de su luz gorgeando alegres trinos que formaban un agradable concierto con las notas

del órgano. Las naves de la iglesia se envolvían poco á poco en sombras que á cada momento eran mas negras, y los devotos, despues de asperzarse y de esperar un rato á que se les desentumieran las piernas, iban tomando uno á uno el camino de sus habitaciones.

Pocos momentos despues la iglesia de la Misericordia estaba á oscuras y casi desierta. En el altar mayor ardia una lámpara que apénas proyectaba su luz en los cristales que la encerraban; el órgano habia enmudecido; en el templo solo habia tres personas; las dos que hemos tratado de dar á conocer á nuestros lectores, y una tercera, que al pié de una columna y cerca del lugar donde se hallaba el niño, parecia estar, con la frente en el pavimento, entregada á alguna santa meditacion, y que en realidad dormia. Era una pobre anciana vestida con un tosco sayal color de café oscuro y cubierta con una especie de chal negro de lana que le llegaba hasta la cintura, y que en aquel momento cubriendo completamente la parte superior de su cuerpo, y merced á la original postura que ellaguardaba y á la socuridad del lugar la hacia parecer una masa informe.

Tiempo hacia que el organista habia dejado su asiento, y el niño no salia de su contemplacion ni daba muestras de querer abandonar la iglesia. Con los ojos fijos en las bóvedas del templo, parecia perseguir un agradable sueño ó expiar el primer rayo de la luna que hiriera los vidrios de colores de las ventanas ojivales de la Misericordia.

El hombre de la capa se habia acercado á él de una manera insensible, y arrebatándole súbitamente, trató de salir con precipitacion del templo. El movimiento del extranjero fué tan rápido, que el niño no dió un solo grito, sorprendido de lo que le pasaba; casi por instinto se debatió fuertemente en los brazos de su raptor y á la salida del templo logró desprenderse de ellos, pero al tocar el suelo perdió el equilibrio y fué á

herir con su frente uno de los arcos de hierro que adornaban en ambos lados el dintel de la puerta.

—Terrible es el mozuelo—dijo en español el que le llevaba, y acercándose á levantarle notó sin horror una herida profunda que las cinceladas labores del hierro habian hecho en la frente del niño, de la cual salia sangre á borbotones.

—Con dos mil diablos—continuó, examinándole mas atentamente;—esto parece grave; se ha desmayado, y es una fortuna; así será mas cómodo llevarle. Como no se las lée para el otro mundo.....

Y levantando su tierna carga tomó el camino del muelle.

Pasados algunos momentos, el sacristan de la iglesia de la Misericordia, despues de haber hecho sonar inútilmente sus llaves, se acercaba á la vieja que hemos visto no ha mucho durmiendo cerca del niño, y sacudiéndola fuertemente gritaba hasta desgañitarse:

—Tia Marta, tia Marta, ya es hora de marcharse.

Despues de un rato de tarea, el sacristan de la Misericordia logró que la tia Marta despertase.

—No alborotes tanto, Mario, dijo medio somnolienta, no vaya á enfadarse Ludovico que es malo como un gato y dice que la iglesia no se hizo para dormir.

—Gracias por el cumplimiento, tia Marta, y no pudo llegar mas pronto,—contestó el sacristan;—ya el bribonzuelo de Mario estará en la casita del molino hablando á su buena madre del señor Jacobo el organista, y á fé que ha hecho bien en irse sin despertar á usted, porque bien sabe que la tia Marta es, para salir del sueño, mas pesada que la campana mayor; y vaya esa flor por la del gato para que nada nos quedemos á deber.

Mientras decia estas palabras, el buen sacristan ayudaba á la tia Marta á levantarse y recogia del suelo una bolsa de cuero llena de libros de devociones en un estado de decadencia peor que el de su dueña.

—¿Quiere usted que la acompañe tía Marta? La casita del molino está lejos y hoy se ha dormido mas que de costumbre.

—Gracias, hijo mio, acepto ya que de tan buena voluntad me lo ofreces, pero mira que te vas á cansar mucho.

—No hay cuidado, tía Marta, allá descansaré si la Sra. Marietta lo permite.

Y ofreciendo el brazo á la buena anciana, echaron á andar los dos por el lado opuesto al que habia tomado el hombre de la capa con el niño, á quien Ludovico llamaba Mario y suponía al lado de su buena madre refiriéndole las impresiones que en su alma infantil habian causado las melodias del órgano.

V.

La Casita del Molino.

Cerca de una de las numerosas fábricas de tejidos de seda con que á cada paso tropieza el viajero caminando por los alrededores de Pésaro, y en la parte oeste de la ciudad, se elevaba, en la época á que se refiere nuestra historia, una preciosa casita blanca que las gentes del país conocian por el nombre genérico de la casita del molino.

De generacion en generacion habia pasado á una honrada familia de tejedores, industria á que se dedican por lo regular las gentes del pueblo en aquella villa, si no prefieren servir en las fábricas de objetos de porcelana ó los modelan primorosamente en sus propias habitaciones.

La casita del molino era legendaria. Se decia en el pueblo que años atrás el rico propietario de un castillo que habia entónces cerca de aquel lugar, y que de mansion feudal se habia convertido despues en fábrica de tejidos de seda, pasaba por la orilla de la presa que en aquel tiempo existia allí, una noche oscura y tempestuosa. Las aguas habian aumentado la caudalosa corriente del rio, y precipitándose con fuerza en la bar-